

BUENOS DÍAS, GUAPA

MAXIE WANDER



«Me interesa cómo viven su historia las mujeres, cómo se imaginan sus historias. Quizá este libro haya surgido solo porque yo quise escuchar». A mediados de los años setenta, Maxie Wander se reúne, una a una, con diecinueve mujeres y conversa con ellas, las escucha atentamente. «Lo decisivo para mí cuando empecé este proyecto era si una mujer tenía las ganas o el valor de contar cosas de sí misma». Wander —hasta entonces escritora, secretaria, reportera y fotógrafa— se hizo famosa instantáneamente al publicar este extraordinario libro sobre la vida de las mujeres de su país. No solo cómo eran aquellas vidas, sino cómo hubiesen querido que fuese cada una de ellas: con qué soñaban, qué deseaban y qué tenían que soportar día a día. Sus respuestas trazan un mapa fascinante. Publicado en la República Democrática Alemana en 1977, fue desde el momento mismo de su publicación un libro de culto en ambas Alemanias y vendió millones de ejemplares: nunca antes se había publicado un texto semejante: lo que aquí se cuenta no se había contado nunca de este modo, y, sorprendentemente, sigue siendo muy actual. Palabra de mujer.

*¡Buenos días, guapa!
Por una mirada tuya
mil dinares son poco.
Por tus pechos
caminaré diez años.
Por tus labios
me olvidaré de hablar.
Por tus muslos
me ofreceré como esclavo.
¡Buenos días, guapa!
Monta el tordo y cabalga.
Yo te espero en el bosque.
Con una tienda de hijos no nacidos.
Con ruiseñores y un jacinto.
Con la cama de mi cuerpo,
con la almohada de mi hombro.
¡Buenos días, guapa!
Si no vienes,
sacaré del pan el cuchillo,
limpiaré del cuchillo las migas
y te lo clavaré en el corazón.*

EL MARIDO ABANDONADO.

*Se desata y cae la lluvia.
Sentado en el suelo, un hombre llora.
Llora sentado y le reza a Dios.
Se marchó la mujer. Ella está bien.
A algún sitio se va,
con uno de grandes bigotes.
Se detienen en un prado,
y ella le fríe un pollo.
A su marido no le frío ninguno. Nunca.
¡Por eso llora!
(De las Canciones gitanas).*

PRÓLOGO

Este libro fue un acontecimiento y una revelación a ambos lados del Muro. Decenas de miles de lectoras, en el Este y el Oeste de Alemania, pudieron reconocerse en la frescura de sus testimonios y confirmar que, en cuanto a emancipación femenina, la República Democrática Alemana llevaba una considerable ventaja sobre la Federal. Vendió más de 60 000 ejemplares solo en su primer año, su adaptación teatral fue uno de los mayores éxitos en el país, y reportó a su autora una avalancha de cartas (hasta cincuenta diarias) de mujeres que le agradecían nada menos que haber cambiado su vida. Para toda una generación, encarnó como muy pocos libros el poder redentor del relato, del encuentro consigo mismo y con sus semejantes.

Reinventó también el reportaje de entrevistas, dando pie a un auténtico aluvión de protocolos y estudios de campo. El Premio Nobel de Literatura concedido en 2015 a Svetlana Aleksiéovich ha actualizado y sancionado esta manera sobria y deferente de dar voz a la experiencia; frente a quienes la desdeñan como periodismo, deberíamos recordar que la ficción no es un mérito literario, sino un género (como lo son el drama o la epopeya). Cabría sostener incluso que el reportaje encierra una dificultad mayor que la ficción pura, puesto que ha de hacer brotar primero un material ajeno, escurridizo, y conformarlo luego con sensibilidad literaria. Maxie Wander se aplicó concienzudamente a esa labor; la comparación con su antecedente más famoso, *Die Pantherfrau* de Sarah Kirsch, ilustra bien las dimensiones de

su logro. Los protocolos de *Buenos días, guapa* no son mera transcripción de unas conversaciones: son la decantación de una confianza suscitada y ensayos lingüísticos personalizados. Y su secreto reside en una actitud vital, en un talento innato para la empatía.

Maxie Wander nació como Elfriede Brunner en Viena, el 3 de enero de 1933, en el seno de una familia humilde y comunista. No terminó la escuela: a los diecisiete años entró a trabajar en una fábrica. En 1952, en un acto del Partido, conoce a Fred Wander, vienés también, de origen judío, y superviviente de Auschwitz y Buchenwald, que ahora se gana la vida como reportero y fotógrafo. Se enamoran de inmediato y viajan por todo el país entrevistando a gente, indagando sucesos, refinando su curiosidad por los personajes marginales y su don para la escucha. Se casarán en julio de 1956, tras divorciarse Fred de su primera mujer, Ottilie.

En 1955, Wander es invitado a formar parte, como único austríaco, de la primera promoción del legendario Instituto de Literatura Johannes R. Becher de Leipzig, donde estudiarán buena parte de los grandes autores de la República Democrática Alemana con docentes del nivel de Ernst Bloch, Hans Mayer, Victor Klemperer o Wieland Herzfelde. Será la RDA la que permitirá a Fred Wander iniciar su carrera de escritor. Alentados por un primer contrato con una editorial, los Wander emprenden un viaje a Córcega en 1956 (prácticamente sin dinero) y pueden redactar el reportaje acordado en la residencia para escritores de Petzow; allí conocerán a jóvenes colegas como Christa Wolf (cuyos padres regentaban la residencia) o la pareja Brigitte Reimann y Siegfried Pitschmann.

En 1958, el matrimonio Wander fija su residencia en Kleinmachnow, al suroeste de Berlín: las editoriales alemanas orientales, únicas dispuestas a publicarles, pagan solo en moneda del país. En su entrañable autobiografía *La buena vida*^[1], Fred se detiene en las ambivalencias de esta op-

ción: por mucho que simpatizaran con el socialismo, eran muy conscientes del dogmatismo y la estrechez del régimen de la RDA. Pero su repugnancia ante la doblez de la sociedad austríaca era aún mayor (en uno de sus trabajos en Viena, Maxie había sido secretaria en una empresa que operaba como tapadera para financiar a antiguos nazis y miembros de las SS que vivían en países árabes o latinoamericanos). Desenfadados e ingenuos, con la libertad que les da su condición de extranjeros (y de «víctima del fascismo» en el caso de Fred), ambos aúnan la doble virtud de hacerse querer por vecinos y desconocidos y de no ser tomados muy en serio por las autoridades. En los siguientes años escriben reportajes sobre París y la Provenza, guiones para la radio y televisión. Pero su consagración literaria llega en 1971, cuando Fred publica una de las novelas más originales sobre Buchenwald, que le reporta el Premio Heinrich Mann: *El séptimo pozo*^[2].

Antes los había golpeado una tragedia absurda y evitable: en 1968, su hija Kitty muere al caer en una zanja de obra sin señalizar. Maxie queda afectada durante años, y seguramente incubaba entonces el cáncer que la matará. Pero se sobrepone al dolor, a la inseguridad y la ansiedad, volcándose en el trabajo doméstico (un reto hercúleo en una economía de escasez), en sus dos hijos (Roberto y Daniel), y en escribir: cartas, diarios, relatos cortos, guiones. Su talento natural, sin embargo, está en el diálogo. Cuando Fred acuerda con la editorial Der Morgen un reportaje sobre las mujeres en la RDA, tiene la certera intuición de delegar el proyecto en Maxie, que se vuelca en él con todo su fervor. Su desenvoltura, su sentido del humor y su impudicia para recurrir a la jerga arrabalera vienesa invitan a mujeres muy diversas a la confidencia: acumula horas de grabaciones y cientos de páginas transcritas. Con ese material, ingente y bruto, hará literatura.

Hay que insistir en este punto: lo que distingue *Buenos días, guapa* no es tanto el interés intrínseco de sus historias

como el tratamiento de sus voces. Wander no tiene empacho en manipular lo grabado para perfilar mejor a un personaje: no solo selecciona y reordena, sino que retoca e inserta partículas orales, frases propias, sueños y recuerdos de su infancia. Hay otras interpolaciones: las dos hermanas adolescentes, por ejemplo, charlaron con Maxie juntas y en presencia de un hermano que aporta sus puntos de vista (y, aunque sea de manera subrepticia, la única voz masculina del libro). No es solo por respeto a la intimidad que las mujeres están anonimizadas (los datos sobre su profesión y edad se añadieron solo en la edición occidental, destacando la dimensión sociológica del reportaje): la versión publicada, más que el retrato fotográfico de una persona, es el personaje que inspira su voz real. El principio del montaje (básico en todo documental) es manejado con gran sentido dramático: a diferencia de los protocolos de Sarah Kirsch, por ejemplo, las mujeres de *Buenos días, guapa* no cuentan su vida de forma lineal, y el instinto infalible de Wander para los finales les otorga un toque sorprendente, marca de la casa. El resultado es de una frescura sin parangón en su reflejo del registro oral y hace justicia a la desenvoltura que propiciaba la autora: así, escuchamos a la adolescente que constata «debo decir que a veces tengo la necesidad de acostarme con uno, sin más», o a la nonagenaria que proclama «oportunidades con hombres nunca me faltan», y ambas se nos aparecen creíbles en su testimonio, plenas, vivas, chispeantes.

La desinhibición en el ámbito erótico ayuda a entender el éxito del libro, pero es solo una parte del programa utópico que encarna Maxie Wander. Su mensaje político es de gran audacia, y ha trascendido la desaparición del país tan singular en que surgió y la prematura muerte de su autora. Mientras ponía a punto el volumen se le diagnosticó un cáncer de mama, que derivó en múltiples metástasis. Alcanzó a atisbar, entre escéptica y sorprendida, la fabulosa resonancia que obtendría, y murió el 21 de noviembre de

1977. A su entierro acudieron decenas de personas desconocidas, que arrojaron a la familia en su casa y se aplicaron a cocinar, atenderse y darse a conocer: cabe pensar que a Maxie le habría gustado. Fred publicaría aún dos volúmenes de sus cartas y diarios, cuya acogida no fue menos sensacional: *Tagebücher und Briefe* [Diarios y cartas] (1979)^[3], y *Ein Leben ist nicht genug* [Una vida no es suficiente] (1990). Hoy sigue siendo una autora de culto en Alemania.

Cuarenta años después de su publicación, es llamativa la actualidad del mensaje de este libro. Las constricciones de que invita a liberarse no son ya las de una dictadura esclerótica, sino las de un tardocapitalismo consumista que banaliza la privacidad en las redes sociales. Diversas, incomplicadas, las mujeres de *Buenos días, guapa* exhiben su arrojo y su autenticidad frente al gregarismo: lo hacen confiándose en el diálogo y en la alquimia solícita de su lenguaje. No debe sorprendernos que este libro cambiara la vida a miles de personas. Debería seguir haciéndolo.

Ibon Zubiaur.

Berlín, enero de 2017.

NOTA PRELIMINAR

No debería sorprendernos que en nuestra sociedad socialista salgan a la luz conflictos que se han incubado en la oscuridad durante décadas y envenenado muchas vidas. De los conflictos solo tomamos conciencia cuando nos podemos permitir hacerles frente. Nuestra situación como mujeres la vemos con otra perspectiva desde que tenemos la oportunidad de transformarla. Nos encontramos todas en terreno inexplorado y en buena parte aún estamos abandonadas a nosotras mismas. Buscamos nuevos estilos de vida, en lo privado y en la sociedad. No podemos emanciparnos contra los hombres, sino solo en la confrontación con ellos. Y es que aspiramos a liberarnos de los viejos roles de género, a la emancipación humana en general.

Se ha hecho evidente la necesidad que sienten las mujeres de realizarse. Muchas siguen fracasando y desesperándose ante la «presión de lo tradicional», ante las normas existentes, que no cuestionamos lo suficiente. Una mujer me dijo: «Si se me impide una y otra vez salirme del camino trazado, en casa de mis padres, en la escuela, en el trabajo, en la política, incluso en el amor, me enfado y me siento impulsada a retirarme al sueño. Empiezo a odiar la realidad y hasta a mí misma, por ser tan parada». Otra dijo: «Dudar, inquirir, preguntar, son cosas de las que hemos perdido costumbre». Yo diría que hemos de aprenderlas con esfuerzo, la historia nunca antes nos había dado esa oportunidad.

Encuentro optimista la insatisfacción de algunas mujeres con lo alcanzado. Si a veces predomina lo opresivo, quizá

sea porque hablar de la felicidad no le hace falta a casi nadie. La felicidad se vive, lo agobiante se expresa para comprenderlo, para librarse de ello. «El bien utilizado no necesita pensar sobre sí mismo», dice Heinrich Mann. «El mundo bajo el que no sufre no le incita a defenderse. También las palabras y las frases son modalidades de defensa. Una época enteramente feliz no tendría literatura».

No he buscado el dramatismo externo ni la sintonía personal. Cualquier vida me parece suficientemente interesante para ser comunicada a otros. No he aspirado a una muestra representativa. Lo decisivo para mí era si una mujer tenía las ganas o el valor de contar cosas de sí misma. Me interesa cómo viven su historia las mujeres, cómo se imaginan sus historias. Así aprendemos a respetar lo único e irreplicable de cualquier vida humana y a relacionar con otros nuestras depresiones propias. En el futuro escucharemos con mayor exactitud y tenderemos menos a opiniones estereotipadas y prejuicios. Quizá este libro haya surgido solo porque yo quise escuchar.

Maxie Wander.

ROSI: LA CASA EN LA QUE VIVO

Treinta y dos años, secretaria, una hija, casada

En algún sitio leí de uno que andaba buscando a una persona natural y un paisaje intacto. Me tocó la fibra. Ahora cuelga encima de mi cama, para que no se me olvide. Siempre tengo allí colgado algo que me concierne. Es algo que hacía ya de niña. Hasta arrancaba páginas de los libros. De momento esa persona natural es mi hija, y quiero hacer lo que esté en mi mano para evitar que la tuerzan. Mis padres lo hicieron exactamente así conmigo, son sabios y puros, a ellos he de agradecerles todo. Después siempre me resistí a aceptar lo que no me encajaba. No sé si me entiendes. El cuadrarse en la escuela, esa disciplina exterior y absurda, izada de la bandera, mirada a la izquierda, mirada a la derecha. ¿Qué tendrá eso que ver con el socialismo? Es algo que me repele totalmente. Me sentía como violada. Ya sabes que hay padres que, con la mejor de las intenciones, les recomiendan a sus hijos que hagan todo como los demás, para no señalarse. Es una irresponsabilidad. Mis padres decían siempre: no debes hacer nada ni decir nada que no sientas de verdad. Me educaron contra la hipocresía. Los inconvenientes estuvieron dentro de lo razonable, porque mi padre era un viejo comunista, por encima de toda sospecha. En ese sentido lo tuve más fácil que otros que necesitaron más coraje cívico. Y eso que yo no era ninguna lumbrera. Si escuchaba lo entendía todo, pero no se me quedaba nada. Solo me atraían las aventuras. Era

hija única, pero mis padres nunca me impusieron muñecas y nunca me aislaron de los otros niños. Solo en nuestro pasillo vivían diez niños, puede decirse que teníamos todas las puertas abiertas. Cuando mi madre estaba picando piedra yo me iba a algún otro piso, donde en ese momento estaba en casa la madre o una abuela. Con cinco años mis padres me mandaban ya a casa de mis abuelos. Yo aún no podía subir sola los escalones del vagón. Cuantas más libertades has tenido, más a gusto vuelves luego a casa. Mi padre ha muerto entretanto. Las hijas tienden en esos casos a elevar al cielo al padre. Mi madre se hundió, mi padre era para ella la persona más importante del mundo. Yo nunca fui celosa, mi padre tenía sitio para muchos, su corazón era amplio, dice mi madre, ella lo lleva ya en la sangre.

Creo que yo también llevo a mi marido ya en la sangre. Hace diez años que estamos juntos y no podría imaginarme a otro marido. Robert es callado, de los que no oyes. Habla en voz baja y tampoco hace ruido. Cuando corta madera, en el patio hay un cobertizo, allí tiene su taller, cuando corta madera, el sonido es de lo más agradable. No hace ruido al andar, a menudo ni se le oye cuando entra. Algunas personas dicen que lo ahogo. Pero nos conocen mal. Robert solo tiene un defecto, no se ocupa de nuestra hija, me quiere a mí más que a ella. Prefiere estar conmigo a solas. Aunque estemos con gente, él está más pendiente de mí que de las otras personas. No pienso en si me agrada o no, simplemente es así. A veces me habla entusiasmado de algún hombre, que es un gran tipo. Entonces tengo que conocer a ese hombre extraordinario. Y es curioso: nunca me gustan esos hombres. Robert siempre está deseando ver mi reacción, y le asombra o decepciona cuando se da cuenta de que tengo otros criterios. De alguna forma también le alivia, como si no quisiera más que ponerme a prueba. Le da una importancia enorme a esa comparación continua, porque en el fondo está insatisfecho consigo mismo. Tiene en la cabeza algún ideal de masculinidad, generalmente

son cuerpos atléticos con caras como héroes del Salvaje Oeste. Para mí sin el menor atractivo... esos maromos bragados e indistintos. Pero hay también algo más. Robert tiene su pequeña vena homosexual. No es casualidad que se prendara justamente de mí, puede ver en mi madre lo marimachos que salen las mujeres en nuestra familia. Puede ser uno de los motivos por los que es tan frío con nuestra hija. Sabine es una salvaje, como lo era yo de niña. Eso desconcierta a Robert. A veces se la queda mirando, cuando ella está dormida y no puede escapársele, como si quisiera estudiarla dormida. Nunca habla de ello, es tremendamente reservado, como muchos hombres. Le cuesta abrirse, se piensa durante días lo que va a decirle a otra persona. A menudo he observado que las mujeres son mucho más espontáneas que los hombres, mucho más directas.

No soy de esas mujeres que se creen que solo pueden ser felices con *un* hombre. Continuamente veo hombres que me gustan y a los que les gusto. Si efectivamente solo hubiese una persona para cada una, entre los no-sé-cuántos millones en el mundo, ¿cómo se encontrarían esas dos? No, lo cierto es que tenemos que elegir, y entonces ese será el único, el que te hace feliz. Pero no pienses que vas a oír de mí algo interesantísimo para tu libro. No tiendo a arrebatos pasionales, soy curiosa, soy inquieta, soy como una niña, dice mi marido. Y tengo pocos escrúpulos, digo yo. En concreto, ¿no? En concreto me llevo de vez en cuando a un hombre a la cama o a la pradera. Es curioso que te lo confiese a ti. Curioso, porque un hombre confiesa algo así sin más, incluso realzaría su prestigio. ¿Realza esta confesión mi prestigio? No. Oculto esa parte de mi vida a otras personas, porque sé cómo juzgan a las mujeres de mi estilo y lo mal que queda mi marido en todo ello. Los guardianes de la virtud no son tanto los hombres, a los que se acusa a menudo injustamente de no acostumbrarse a nuestra emancipación. En general, las que salen a las barricadas

son mujeres que tienen envidia y la esconden tras el escándalo moral. No es nada nuevo.

No es que Robert me deje insatisfecha. Robert trabaja muy duro con su cuerpo. Yo suelo estar ya en casa cuando él llega por la tarde. Entonces nos vamos juntos al baño, una habitación grande que reformamos hace poco. ¡Y no sabes lo que es para nosotros ese baño espléndido! A veces también quiere entrar Sabine, y le dejamos. Y a veces la volvemos a echar. Con ningún hombre me he sentido tan libre como con Robert. Jamás me ha negado nada. Conocemos nuestras necesidades. La sexualidad no solo tiene que ver con el amor, con acariciar y sonreír, también tiene algo que ver con la violencia, con instintos primitivos. Y eso es justamente lo que la mayoría de la gente no quiere ver, les parece inhumano. ¡Qué disparate! No elegí a este obrero por casualidad. No quiero a un intelectual que no sabe qué hacer con su cuerpo. Podría haber tenido a uno así. Era ingeniero jefe. Iba por ahí con abrigo blanco, con sus finas manitas blancas, y después del trabajo jugaba al tenis y hacía ejercicio en una de esas absurdas bicicletas estáticas. Cuando estaba caliente, primero se daba una ducha de media hora y se rociaba entero de desodorante. Entretanto a mí ya se me habían pasado las ganas. Pero entonces me tenía que duchar yo también, ¡antes!

¡Oh! Encima de la sábana, agárrate, ponía dos toallas, para que la sábana no se pringara de algo malo. Me tragué esa ceremonia sagrada una vez, por curiosidad. Cuando la segunda vez, una semana después, empezó con el mismo procedimiento, me largué. Ahora el pobre hombre tiene complejos, se retuerce si me ve.

Crees que ahora me has pillado, ¿no? ¿Por qué tiene que sacar su sexualidad, si le va tan bien con su marido, no? No lo sé, la verdad es que no lo sé. No puedo decirte por qué no iba a acostarme con ellos. El hecho es que se encuentra una continuamente a gente, en nuestra gran empresa, con sus múltiples contactos, casi se pierde la cuenta,